

CAPÍTULO II

De los elementos constitutivos de la lógica de los sentimientos.

I

La vida afectiva—comprendo en este término los instintos, tendencias, deseos, aversiones; los estados más complejos designados bajo el nombre de emociones, tales como el miedo, la cólera, etc.; las pasiones, es decir, emociones estables é intensas—puede obrar de tres maneras principales:

Bajo una forma fisiológica traducida directamente, por los cambios exteriores é interiores del cuerpo: es la expresión de las emociones.

Como factor del compuesto que se llama una volición, en que los estados afectivos están mezclados con estados intelectuales, percepciones ó representaciones, y [forman con ellos un todo de que son elemento activo, es decir, el que mueve ó detiene.

Como suscitando, agrupando y encadenando series más ó menos largas de representaciones, simples

ó complejas, concretas ó abstractas. En mi opinión, esta tercera forma resume, al menos en la mayor parte, lo que la psicología de las facultades señalaba bajo la denominación vaga «de influjo de la sensibilidad sobre la inteligencia».

Sin embargo, este influjo, que es algunas veces un dueño imperioso, se produce bajo dos formas que muchos psicólogos contemporáneos han confundido demasiadas veces.

La una, inferior, es la simple asociación de ideas de base afectiva, evocada y mantenida por una tendencia, una emoción ó una pasión; acabamos de hablar de ella.

La otra, superior, supone la asociación, pero la excede. La disposición afectiva no deja ya el enlace de los estados de conciencia producirse libremente y como al azar; practica una elección, se dirige á un fin consciente ó inconsciente, descuida ó suprime todo lo que de él la aparta: es el *razonamiento afectivo ó emocional*, que formará el objeto de este estudio.

Varios autores han hablado de la LÓGICA DE LOS SENTIMIENTOS (A. Comte, Stuart Mill y algunos contemporáneos); pero no conozco ninguno que haya intentado tratar, ni aun sumariamente, esta oscura cuestión. Confieso que no la abordo sin desconfianza, y que no presento este trabajo más que como un bosquejo y un ensayo.

Primeramente, afirmar una lógica extraracional no es una paradoja que debe sublevar á los lógicos.

¿La naturaleza afectiva del hombre no es la causa más frecuente de lo ilógico? Evidentemente, estas dos formas que opondremos sin cesar una á otra—lógica afectiva, lógica racional—deben ser muy distintas. Para reunir las legítimamente bajo una denominación común, es necesario, pues, que tengan un fondo común: este es el *razonamiento*, es decir, la materia propia de toda lógica. Su mecanismo varía mucho de una á otra, como lo veremos en la continuación de este capítulo, pero en ambos casos, conserva un sello propio, el único que importa al psicólogo, el de ser una operación mediata que tiene por término una conclusión.

Es inútil transcribir aquí las numerosas definiciones del razonamiento que se encuentran en los tratados de lógica; muchas tienen una forma puramente intelectual, por consiguiente, no adoptada á nuestro fin. De todas estas variantes, se desprende un carácter general: que el razonamiento es una anticipación, un ensayo, una conjetura, una marcha de lo conocido á lo desconocido. Si esta fórmula parece incompleta ó demasiado vaga, se puede adoptar la definición de Boole, que es precisa: «El razonamiento es la eliminación del término medio en un sistema que tiene tres términos.» Se verá á continuación que esta fórmula es rigurosamente aplicable al razonamiento afectivo.

Una larga civilización ha habituado hasta á los espíritus poco instruídos, todavía más á los que han sido formados por la disciplina científica, á admitir

sin reflexión, que la lógica racional, objetiva, exacta, se ha producido espontánea, naturalmente, y que los lógicos no han tenido más que extraer de ella sus reglas. Tenemos, por el contrario, teóricamente y de hecho, excelentes razones para admitir que la lógica racional pura es el resultado adquirido de una lenta diferenciación. Cualquiera opinión que se adopte acerca del origen y la evolución de la humanidad, es cierto que en un momento cualquiera la facultad de inferir se ha manifestado en ella; pero bajo una forma compuesta y heterogénea. Suscitada y mantenida por necesidades vitales y deseos, ha sido primero exclusivamente *práctica*, en modo alguno especulativa, y sus primeros pasos han debido ser incoherentes y poco seguros (1).

Conviene insistir acerca de este momento primitivo

(1) ¿Cómo la lógica se ha formado en la cabeza del hombre? Ciertamente por el ilogismo cuyo dominio originariamente ha debido ser inmenso. Una cantidad innumerable de seres que deducían de otro modo que nosotros lo hacemos ahora, ha debido desaparecer. Esto parece cada vez más verdadero. Aquel que por ejemplo no llegaba á descubrir bastante á menudo las semejanzas por lo que se refiere al alimento, ó por lo que toca á los animales sus enemigos; el que, por lo tanto, establecía con demasiada lentitud categorías ó era demasiado circunspecto en sus subsunciones, disminuía sus probabilidades de duración más que el que para las cosas semejantes, concluía inmediatamente en la igualdad. Sin embargo, hay una inclinación predominante á tratar desde el principio las cosas semejantes como si fueran iguales—tendencia lógica en suma, porque en sí nada hay igual—que es la primera que ha creado toda base de la lógica. Nietzsche, *Le gai savoir*, libro III, párrafo III.

vo en que las dos formas de lógica, afectiva y racional, están tan estrechamente mezcladas y confundidas, que ni aún se sospecha una separación posible entre ellas; en él se ven, en resumen, las semejanzas y las diferencias de estas dos lógicas.

Se ha creído y conjeturado mucho acerca de la constitución mental del hombre primitivo. Ni las teorías generalmente admitidas, ni las críticas y dudas que han suscitado, importan á nuestro asunto; porque, aparte de esta reconstitución hipotética del hombre perteneciente á la prehistoria, tenemos los salvajes actuales, que con razón ó sin ella, son considerados como equivalentes. Acerca de éstos se tienen numerosas noticias, variadas, positivas. Lo que de ellas resulta es el nivel muy inferior de sus facultades lógicas: ineptitud para la abstracción, dificultad extrema para encadenar las ideas conforme á relaciones objetivas, etc. Pero el salvaje es capaz de razonamiento práctico, formado con ayuda de percepciones y de imágenes, *términos medios* que le conducen al resultado deseado, es decir, á una *conclusión*. Es esta la forma inferior del razonamiento imaginativo que estudiaremos más tarde al pormenor, y que se encarna en una creación de orden material ó espiritual. Estos ensayos de inferencia tienen sus raíces en las necesidades vitales. Responden á las cuestiones que el salvaje se pone frente á los agentes naturales y sobrenaturales. Su razonamiento, como cualquier otro, consiste en hallar intermediarios que

le conduzcan al término final. Para convencerse de ello, recuerde el lector sumariamente los procedimientos que el hombre primitivo ha combinado en vista de sus necesidades: para su alimento (caza, pesca); para protegerse contra la intemperie (vestidos, habitaciones); para el ataque y la defensa contra los animales y sus semejantes (las armas, que llegarán á ser más tarde instrumentos); su conclusión sobre la existencia de un «doble», resultado de sus conjeturas sobre los ensueños, el desvanecimiento, las enfermedades, etc., sus inducciones sobre los ritos que observar, sobre los actos propiciatorios para con los seres sobrenaturales, sobre todo, malos. En todos estos casos—y la enumeración está lejos de ser completa—imagina, inventa, pero no libremente; el trabajo imaginativo no es una pura fantasía, está condicionado por el fin. La serie de las percepciones y de las imágenes que componen la construcción de su Saco, de su red de corteza ó de sus ritos, son para el hombre no civilizado los términos medios de este razonamiento concreto, en actos, cuyo último término es el éxito ó el fracaso.

Ahora, notemos la inevitable consecuencia de estos razonamientos concretos, sin cesar repetidos. Es que se ha establecido á la larga una distinción muy importante entre dos categorías de casos:

Aquellos en que la conjetura, la previsión, el razonamiento, son siempre ó las más de las veces justificados por la experiencia.

Aquellos en que el resultado contrario sobreviene siempre, ó las más de las veces.

Se establece así una distinción entre los casos ciertos y los inciertos. Durante este período de la evolución lógica, la experiencia es el único modo de comprobación, el criterio. Gracias á ella se dibuja una diferenciación: el razonamiento objetivo, conforme á la naturaleza de las cosas, probatorio, racional, tiende á formar un pequeño dominio en el campo ilimitado del razonamiento subjetivo, de conclusiones simplemente probables.

Esta segregación es el primer ensayo—natural y espontáneo—de una constitución de la lógica pura que ha progresado, *pari passu*, con los progresos de la técnica. Sería fácil dar las pruebas de ello apoyándose en los documentos históricos. La técnica es madre de la lógica racional: la invención de los instrumentos, de los útiles, de la fundición de los metales, de la navegación, de la astronomía, de la agrimensura, etc., en razón de las necesidades prácticas que la rigen, ha habituado al espíritu humano á la disciplina en el razonamiento. Sin embargo, no olvidemos que esto no se ha producido de golpe, y que la inferencia racional no ha surgido en un solo esfuerzo, pura de toda mezcla afectiva. Para alcanzar su objeto, sea éste una pieza de caza, una estratagema para vencer á su enemigo, una curación ó una de las numerosas fantasías que ignoramos, el hombre pri-

mitivo ha debido inventar los términos medios. Entre estos medios obtenidos por intuición, ensayos, azar, los unos eran eficaces, otros nocivos, otros indiferentes, y si la experiencia ha puesto en evidencia los que son adecuados al objeto y los que de él la apartan, ha permanecido muda acerca del tercer grupo. Es cierto que los razonamientos primitivos que han dado resultado en razón de su *racionalidad*, es decir, de su adaptación á la naturaleza de las cosas, no eran puramente racionales, sino mezclados con elementos emocionales ó imaginativos, que eran estimados de igual valor; todo esto formaba una masa. Sabido es cuán impresa está la técnica primitiva de un carácter hierático. Operaciones tan profanas para nosotros como la fabricación de un instrumento ó la construcción de una choza, exigen para el no civilizado una intervención sobrenatural, oraciones, sacrificios, encantamientos, ritos varios, fórmulas mágicas. Según su modo de razonar, son estos intermediarios indispensables para llegar al objeto. Es la parte de la lógica de los sentimientos, y la otra permanece todavía medio envuelta en esta ganga. Solo á renglón seguido de una larga cultura, la indiferencia, la futilidad de estos medios aparece claramente, y la emancipación de la lógica racional es completa. Todavía no sería preciso mucho esfuerzo para descubrir, aun en nuestros días, en operaciones análogas, vestigios de la lógica emocional.

Habiendo indicado el momento de la separación de las dos lógicas, y las causas de este divorcio, nada más tenemos que decir de la lógica racional y de sus progresos. Recordemos solamente que se ha mostrado muy pronto celosa de rigor y de pureza; se encuentra un excelente ejemplo de ello en el método preciso de los geómetras griegos, en el apriorismo afectado de su ciencia, que parece extraña la experiencia, en su origen, sin relación con ella en su desarrollo.

Cuando el razonamiento, este instrumento natural de exploración, ha sido afirmado y afinado por el ejercicio, la costumbre y una aplicación perseverante á materias muy diversas; en resumen, después de muchos resultados alcanzados por los procedimientos racionales, han venido los lógicos, que han analizado, ordenado las inferencias correctas, y han compuesto, después de reflexionar, tratados de pretensiones reguladoras. Aun cuando la lógica regular esté totalmente excluida de nuestro estudio, es instructivo recordar el orden que ha seguido en su desarrollo natural. No ha admitido, primeramente, más que las formas más abstractas y más rigurosas del razonamiento (Aristóteles). El culto de la lógica formal, como tipo de la perfección, ha sido la regla en la antigüedad y en la Edad Media. La inducción ha sido principalmente obra de los modernos. Actualmente, la invasión de la psicología en las obras de lógica «el psicologismo», como le llaman los puros

lógicos que protestan (1), es un paso más hacia la realidad y la vida. Se ha podido decir con razón «que si la lógica moderna ha añadido algo á la antigua, es rehusando tratar la validez del pensamiento como una cosa que se puede estudiar y formular fuera de los hechos actuales de la experiencia», que su tendencia es colocar el criterio de validez en los límites de la práctica. El tipo de la verdad, es el que puede ser comprobado por la experiencia; el error, lo que fracasa en la acción.

Todo lo que precede puede resumirse así: marcha continua de lo abstracto á lo concreto, de lo formal á lo real; de lo necesario á lo contingente. Dado este momento, ¿no es natural descender todavía más bajo siguiendo esta pendiente, en el mundo caótico, informe, desdeñado de la lógica de los sentimientos, y preguntarse lo que ésta es?

Probablemente algunos dirán: Vuestra lógica de los sentimientos está hace ya mucho tiempo conocida y estudiada. Forma un capítulo de toda lógica, con el título de falsos razonamientos, sofismas, paralogramas. Esta concepción del asunto, que no podría ser discutida útilmente sino más tarde, es inexacta y parcial. Hay sofismas que nada tienen de afectivo, y razonamientos afectivos que no son sofis-

(1) Véase principalmente Palagyi, *Der Streit der Psychologisten und Formalisten in der modernen Logik*, Leipzig, 1901; Husserl, *Logische Untersuchungen*, Halle, 1900.

37187

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
No. 1625 MONTERREY, MEXICO

mas. La lógica de los sentimientos y la sofística no pueden sobreponerse, salvo en algunos casos. Su diferencia de punto de vista y de procedimientos entre el razonamiento racional y el afectivo, excluye toda identificación de los dos casos, sin lo cual habría, no dos lógicas, sino una sola.

La inferencia libertada de los procedimientos racionales, es forzosamente sospechosa. ¿Por qué, pues, esta forma de razonamiento inferior, eventual, las más de las veces engañosa, persiste sin dejarse suplantar? Porque la lógica racional no puede extenderse al dominio entero del conocimiento y de la acción. Ahora bien: el hombre tiene una necesidad vital, irresistible, de conocer ciertas cosas que la razón no puede alcanzar, de actuar sobre ciertas personas ó cosas, y la lógica formal no le da los medios. En una palabra, la lógica de los sentimientos, sirve al hombre en todos los casos en que tiene un interés teórico ó práctico (en el fondo siempre práctico), en establecer ó justificar una conclusión, y en que no puede ó no quiere emplear los procedimientos racionales.

Después de este largo preámbulo, abordemos el estudio de los elementos constitutivos de la lógica afectiva: los términos, las relaciones.

II

LOS TÉRMINOS

Uno de los caracteres esenciales del razonamiento afectivo, es que se compone exclusiva ó principalmente de conceptos y de juicios de coeficiente emocional, de grados variables. Decimos conceptos y juicios, lo cual es en el fondo un pleonismo; porque el concepto, como se verá después, no es más que un resultado de juicios, una condensación, una abreviación. Se puede, por tanto, decir que se compone de juicios afectivos.

El razonamiento intelectual es otro. Los materiales que emplea son de naturaleza diversa, pero deben estar puros de todo elemento emocional; son, dejando á un lado por el momento la cuestión de las relaciones: 1.º, simples signos ó símbolos, como en las matemáticas, la silogística, las fórmulas químicas, etcétera; 2.º, los abstractos superiores, que son palabras, acompañadas á veces de una representación vaga, como los conceptos más generales de la física, de la economía política, etc.; 3.º, los abstractos medios, que son representaciones más ó menos esquemáticas: así la imagen vaga de un hombre como sustituto de todos los hombres; 4.º, estados de conciencia concretos, percepciones; por ejemplo, cuando del acto de una persona juzgamos su carác-

ter ó inversamente. En verdad, algunos psicólogos han sostenido que ningún estado intelectual, cualquiera que sea, va completamente desnudo de un acompañamiento afectivo. Inútil discutir esta aserción teórica cuyo exámen sería demasiado largo. Aun admitiéndola, este elemento emocional sería tan débil para las formas más altas de la abstracción, que haría posible, en la *práctica*, olvidarla sin ningún riesgo de error.

Por el contrario, en los conceptos ó juicios que llamamos afectivos, la representación es un elemento secundario, cuyo sólo papel es servir de *substratum* al estado de conciencia, fijarle, dar á la fluidez del sentimiento una forma concreta, y, por decirlo así, cuajarla. En este compuesto binario, en este par representativo-afectivo, aun cuando este último elemento sea el principal por definición, la experiencia muestra que su predominio puede variar de la simple tendencia, que solicita apenas la conclusión, al arrastre ciego que la impone. De donde este resultado anticipado cuya prueba tendremos luego: entre la lógica de los sentimientos y la de la razón, no hay separación natural. Ciertos casos son igualmente asignables á la una ó á la otra. Si se opta, es arbitrariamente, no teniendo ningún instrumento de medida para pesar y comparar los dos elementos cooperantes.

Así, pues, un papel análogo al de las ideas generales ó abstractas en la lógica racional, es trasferido en la lógica emocional á estos estados de con-

ciencia particular que acabamos de poner aparte y fijar imperfectamente. Los designaré en adelante bajo los nombres de *conceptos-valor*, ó *juicios de valor*, ó simplemente *valores*.

La noción de valor ha penetrado lenta y tardíamente en las ciencias filosóficas. En nuestros días, tan sólo ha llegado á ser de un uso corriente en diversos países; pero en Francia, hasta ahora, menos que en otras partes. Este término tiene, sin embargo, la ventaja de fijar mediante una denominación consagrada y definida, una categoría especial de conceptos, única que permite comprender y tratar claramente la lógica emocional.

Primeramente, algunas palabras sobre su corta historia (1). En Alemania se ha pretendido hacerla comenzar con Kant, según algunos pasajes de una interpretación dudosa. Hubiera sido más justo citar á Lotze, cuya máxima favorita es que «allí donde dos hipótesis son igualmente posibles, una que concuerda con nuestras necesidades morales, otra que las contradice, es preciso escoger la primera», principio que pone de relieve la noción de valor. En realidad, esta noción es de origen económico. En la obra clásica de A. Smith acerca de *La riqueza de las naciones*, es donde conviene buscar su origen; el valor es reducido á la utilidad, y la utilidad á la satisfac-

(1) Para los pormenores de esta historia, véase Segond, *Revue philosophique*. 1902, septembre, t. LIV, pág. 262 y siguientes.

ción de las necesidades y de los deseos del hombre; el principio del valor es, pues, para él, claramente psicológico, y esta concepción subjetiva, largo tiempo abandonada por los economistas, ha vuelto á estar en favor en estos últimos tiempos. Taine y Guyau la han dado un lugar en sus estudios estéticos; pero el gran propagandista de la palabra y de la cosa es Nietzsche, sea que quiera establecer una «tabla de los valores» ó restablecer «la ecuación aristocrática de los valores», ó infamar «los valores de decadencia», ó bien rehacer en sentido inverso el trabajo de los moralistas y de los sacerdotes, operando una trasmutación de todos los valores (*Unwerthung aller Werthe*) ó celebrar «á los fuertes que crean valores». En tanto que el autor de *Zarathoustra* lanzaba sus brillantes ideas al público, otros trabajos de forma más científica se seguían en Alemania, sobre todo en Austria, con Ehrenfels, Kreibig, Meinong, Eisler, Cohn, etc.; en América, con Urban; en Francia, no voy á citar más que á Tarde y sus teorías sobre el papel capital de las creencias y del deseo (1).

(1) Indico el título de las principales obras de útil consulta sobre esta cuestión: Ehrenfels, *System der Werththeorie*, 2 volúmenes, 1897-1898, Leipzig, Reiland; Meinong, *Psychologisch-ethische Untersuchungen zur Wert-Theorie*, 1894, Graz; Kreibig, *Psychologische Grundlegung eines Systems der Wert-Theorie*, Wien, 1892; Eisler, *Studien zur Wert-Theorie*, Leipzig, 1902; Cohn, *Beiträge zur Lehre von Wertungen*, *ap. Zeit. f. Philos.* Bd. 8. Hefb. 2. 1902; Urban, *Psychological Review* (Mayo y Junio, 1901), y artículo *Value* en el *Dictionary* de Baldwin; Tarde, *Logique sociale* y *Sociologie économique*.

Á más de estos estudios especiales, es preciso mencionar los trabajos de los lógicos contemporáneos acerca de la naturaleza del juicio. Leyendo las antiguas lógicas, se podría creer que el juicio es siempre un acto absolutamente intelectual, la afirmación ó la negación de un ser que es puro *pensamiento*. Esta concepción esquemática no conviene á la totalidad ni aun á la mayoría de los casos; es un servicio que la psicología, fundada en la observación y en la experiencia, ha prestado á la lógica, el transformarla en este punto, mostrando que el juicio nos conduce al corazón de la individualidad, que es, como la voluntad, una toma de posesión por la individualidad activa, que muchas veces la revela. Según la observación de W. Stern (2), la dinámica del juicio depende tan poco de su objeto, que investigaciones sobre fenómenos muy elementales (claridad, sonido, tacto, etc.), pueden iluminar los procesos complicados de la vida corriente. Con frecuencia, el juicio implica cualidades que no son de orden intelectual, pero que están enlazadas con nuestra naturaleza afectiva ó activa, tales como la decisión ó la indecisión, la sugestibilidad ó su contrario, etc.

Esta conclusión es, en otros términos, la de los lógicos contemporáneos que han rechazado el estudio en *abstracto* y puramente formal del juicio. Distinguen por una parte los juicios de hecho, de afir-

(2) *Psychologie der individuellen Differenzen*, cap. X.

mación, de descripción, que llaman algunas veces «de existencia»; por otra parte, los juicios de apreciación, de importancia, de significación de las cosas, en que según la expresión de Lotze, «el elemento determinante está más bien en la conveniencia emocional que en la consistencia lógica»: estos son los juicios de valor. Estas dos categorías son irreductibles una á otra.

Esta breve exposición histórica nos dispone para hacer más amplio conocimiento con los valores, estudiando: primero, su naturaleza; segundo, su dominio.

I.—La naturaleza propia de estos juicios ó conceptos, aparece ya en masa. El concepto ó juicio de valor contiene dos elementos:

Uno representativo, constante, invariable; por el se asemeja á los conceptos puramente intelectuales;

Otro emocional, variable, inestable, de carácter dinámico.

El elemento racional es objetivo, de origen cósmico. Obtiene sustancia de la Naturaleza comprendida en el sentido de los antiguos, trata de expresarla y fijarla en los conceptos de las matemáticas, de la mecánica, de la astronomía, de la física, de la química; bastante menos exactamente en los conceptos biológicos, muy aproximadamente en el orden psicológico y social.

El elemento emocional, por su parte, es francamente subjetivo, antropomórfico é imprime este sello distintivo á toda la lógica de los sentimientos.

Á título de ilustración y suplemento, transcribo, según los autores precitados, algunas definiciones de la noción de valor:

La de Kreibig (*loc. cit.*) es la más explícita: «Por valor en general designo la importancia que el contenido de una sensación ó de un pensamiento tiene para el sujeto, gracias á un sentimiento actual ó al estado de tendencia, que es combinado por este contenido, inmediatamente ó por asociación.» (*vermöge des mit ihm unmittelbar oder associativ verbundenen aktuellen oder dispositionellen Gefühles.*)

Witasek (*loc. cit.*): «Hay sentimientos para los cuales no basta que su objeto esté solamente representado, cuyas condiciones psíquicas no están cumplidas por una simple representación, sino que exigen más; son los sentimientos de valor.» (*Werthgefühle.*) «El valor está siempre en relación íntima con el deseo. En moral, lo esencial es el valor; allí todo valor es sentimiento, é inversamente, todo sentimiento es valor.»

«El valor no tiene existencia propiamente objetiva; está determinado por el deseo, el cual debe ser enlazado al sentir; pero es falso que el deseo es necesariamente determinado por el placer ó el desagrado personal.» (*Ehrenfels.*)

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA

"ALFONSO REYES"

Edo. 1625 MONTERREY, MEXICO